

la estepa florecida

Florencia Walfisch



poesía

Poemas de ***Sopa de ajo y mezcal***
(Premio Internacional de Poesía Jaime Sabines 2004)

trabaja sobre sus zapatos de cuero. un tacón y otro. una correa y otra. una hebilla y otra.
traspasa los muchos todos escalones ascendentes hasta el sitio. oaxaca abre su noche en el
recuerdo de su noche anterior. anterior risa anterior máscara anterior lenguaje. como una
sombra su pecho, su espacio pegado a ese círculo de flores. tiene lo amarillo entre sus manos,
lo rojo en sus hombros, el borde quebrado de la oscuridad que consuma hasta tela; hebra
delgada en el tiempo flojo o hueco de la dicha. la sustancia que se le antoja a la nada para
convertirse en pájaro. su pluma acuesta lo que escribe en lo anterior que pone. vuelve a su casa
y rompe el gesto del gesto en el estado de detenido. no suma ningún otro destello boca abajo,
boca abajo; porque todavía siente el aliento que trabaja en el vaivén quebrado de sus tacones
que suben hasta el sitio desde donde se ve.

mi estar quebrado en la fragante ausencia de lo próximo
cuando el corazón es un objeto lleno de otros objetos
como un cofre rojo y los zapatos
valijas, sombreros o todo lo que es posible recordar

siempre una azalea colorada
o un campo de batalla entre magnolias

es inútil componer otra clase de cosas
todos los objetos por los que has pasado me seducen
como si tu presencia pudiera traducirse cuando
el corazón.

cuerpo que quiebro en el orden elemental de mi nombre. la madrugada deshace su traje de
oscuridad. sus dos ojos preguntan. buenos aires es un mapa rodeado con su nombre.
también pañuelos blancos. también una ciudad que tiembla cuando se derrama la noche.

después el corazón dormido. después o antes. en su intento anterior. su gracia. el borde
invertebrado del sueño. la delicia sagrada de inundarse de eso. la memoria que quiebra.
el sentido de la duración que traspasa. luego hay alguien. luego hay nada. el arrullo de
esa invocación. el sonido como de canción de cuna. una hamaca da cuenta de la pieza
vacía en el centro el blanco como un estigma de entonces: el borde de la última textura
entre los hilos; la maraña del tejido que suda. rojo. negro. amarillo. ese temblar en la
siesta donde la lluvia no alcanza. recuenta el bochorno, dos estados como de otro lado.

pinto, sobre la superficie blanca sumo la descomposición de lo ausente. el color como
un gran mar donde acuesto la necesidad primera de lo que ignoro. despierto en el lejano lugar
donde todavía soy presa de los sueños. destilo lo que trabaja en la noche por mí, lo que trabaja
en mí, conmigo. con la memoria de lo que intento. sobre la superficie blanca sumo la
descomposición de lo ausente.

Texto para **Madre**
(fotografías de **Marcos Adandía**, agosto 2013)

Abrazo tu cuerpo cada día de mi vida. El cuerpo, la ausencia de tu cuerpo.
Vos estás, yo sigo el recorrido. Tuve que hacer de un fruto una semilla.

Cada día tu nombre fue mi oración sin pausa. En el principio dije y luego dije y dije.
Mi voz golpeando contra el silencio helado.

Mi casa es blanca. Mi casa es blanca y liviana porque me sostiene la luz. Me sostiene la luz de un pañuelo con tu nombre. La sabiduría sujeta a tu cuerpo despojado; el modo en que lo nombro, el modo en que poseo. Poseo la luz porque mis pies tienen tu aliento, el aliento de tus pasos.

En el iris tu silueta, tu espacio recortado tatuándome los ojos.
La guarida de lo que más amé.

Caminé sin descanso. Traje noticias de un sinfín monstruoso.
El peso de mis pasos abrió un surco, una huella que dure hasta que vuelvas.

Pedí la mano de los justos, que la mano de los justos te acaricie, te regrese

Soñé que llegabas. Traías los brazos repletos, los pies del tamaño de mi mano.
Este es mi nombre mamá. Y esta es tu voz, tu arrullo, tu memoria

Otra sustancia donde verte: un manto negro. Desperté sin aire, el sueño asfixiado.
Yo vi, yo sé, yo sentí tu cuerpo abandonarme

Nadie podía imaginar, nadie tenía una sombra tan inmensa.

Yo, la madre, tuve miedo a la locura, miedo a no poder traerme.

Quise dar de respirar.

Cada vez que volví era jueves. Abríamos un pequeño cielo.
Estrellas, soles blancos. Una órbita de luz ineludible.

En el frente conservo esa planta de jazmines. Las flores celestes alcanzaron el muro tantas veces, el muro al que trepabas. Vuelvo a poner algunas en tu mesa. Esta mesa partida que siempre es la tuya.

Me trajo el amor: *Si vas, te acompaño*.

Yo pensaba si una foto es el instante, o es todo el tiempo que nunca se detuvo.

La línea que devuelve a la verdad su alma. Madre por madre, hijo por hijo. Se reproduce madre, hijo. Yo multiplico los ojos, todas las madres que fui, que fuimos.

Entonces, Marcos, ¿de cuántos modos nos has visto?

Te abrazo ahora como alguien te abrazó de niño. Tenés la tierra y el cielo, la pericia de dos mundos: lo veo mirarme cuando tomás la foto.

El corazón, ¿dónde si no poder hablarte?

Tengo todos los años, tengo el amor, la vida misma.

Tus dibujos de palomas, una tela amarilla.

Yo tuve un hijo

Yo, la madre, tengo un hijo para siempre

Texto publicado en la revista **Dulce Equis Negra**, número 17
y en el catálogo de la muestra **Madre**, Museo Nacional de Bellas Artes, 2013.

Texto publicado en el catálogo de la muestra **AURORA BOREAL**
(pinturas de **Magdalena Rantica**, MUPO, OXACA, 2015)

Todo jardín es un paisaje, pero ningún paisaje es un jardín.

En mi memoria guardo flores, el arco entero hecho de pétalos, de estigmas.
Una corola desde que nace hasta que muta. Tono por tono hasta volverse otro. El esplendor
inquieto de cuanto se transforma.

Tuve urgencia y busqué un cielo, la gravedad desafiada de los pájaros.

En mi garganta creció una línea azul, me impulsó el aire.
Afuera fui estos ojos, el afán de respirar. Busqué saber el movimiento.
¿Quién reconoce? ¿Mi pulso, mi desvelo? ¿Las palabras de amor que te susurro?

Voy al espacio situado entre las alas, el dibujo en el revés de la bandada.

Hubo un invierno, un horizonte constante de palmeras. Un fuego que a lo lejos volcaba ramas
negras. Sentí la escarcha, la pausa de lo verde. Habité un témpano, la geología del agua, el
deslizarse de las gotas. Puse ahí esta pasión ardida, un terciopelo acariciándote.

Levanté ángulos exactos, colores estallados. Después ocre, púrpuras, celestes. Matices sin
descanso entre la bruma. ¿Quién observa? ¿El ojo en el costado de un pájaro que migra?

Toda mirada es una fuga, un secreto cedido hacia nosotros.
Toda mirada es un recorte, un punto ciego.

Mi cuerpo quiere hablarme. Algo vibra para no detenerse, se detiene sin hacerse quieto. Algo
aprieta, tensa huellas. El pincel toca, se desplaza. Mis brazos tienen su propio interrogante.

Mezclo. El abismo es eco sordo, un matiz desencarnado.
El color puede caer y es infinito. Avanzo.

Busco el espacio que va desde mi piel hasta mi sangre, desde mi sangre hasta ese adentro.
Hay una cuerda floja sobre el filo. El hilo se desgrana, se hace lluvia.

¿Quién percibe sin la verdad que ya conoce?
¿Quién corre insomne los paisajes?

Ignoro donde empieza lo que veo, donde termina el mundo que me observa.

No hay respuestas, esta sed es de preguntas.

La calma no existe, la calma es la tensión minúscula,
el acuerdo inestable de lo lento.

Todo jardín es un paisaje, un umbral de la intemperie.

¿Oís? Soy el pájaro azul al que le diste vida.
Y esta es tu voz y canta.

Poemas de *reunida materia*, La gran Nilson, 2019
(mención del jurado, VI Premio Latinoamericano de Poesía Ciudad de Medellín, 2007)

ponía los pies en la orilla, juntaba un puñado de arena y lo soltaba: la mica caía lenta, una
lluvia de escamas, después me sumergía y, con los ojos abiertos, buscaba las huellas plateadas
que el sol prendía en el fondo, parecían esquirlas de un alarido seco, un grito robado a la
montaña

astillas de una luz que atravesaban mi cuerpo hasta incrustarse

abrir padre hasta desaforarlo, correrlo de todo centro para continuar, ninguna mezquindad:
amor entero pero disección necesaria.

es que si acaso todo núcleo lo contiene y orbita, un átomo

protón y electrón

se vive en lo permeable, distancia perenne para un extremo sublime aunque intocable, no hay
volumen para eso. uno nunca sabe dónde va, seguramente el viento entrega su semilla como
quien esconde pero sabe y una gota tras otra se desliza, desfila, despliega su ruta, suelta sus
copas una lluvia que parece un lago, agua donde verse

abrir padre hasta desaforarlo

es probable que en mis voces hubiera otra silenciada. otra errante, suelta, lejos de las manos, de la voluntad de las manos. como un querer hacer y no tocar sino el abismo rígido de las conjeturas, la marea voraz de lo que hubiera sido, los laberintos feroces de un pensamiento que me devolvió siempre a la inmovilidad. a veces, con laboriosa paciencia, zurcí, enmendé, arreé coletazos del adentro

en esa sorda manera de perderme fui delineando el dibujo donde plasmar esta forma de volverme concreta

escribir sí. escribir puede ser una inextricable permanencia



Florencia Walfisch, 1970. Escribe y hace artes visuales. Publica *Sopa de ajo y mezcal*, Premio Internacional de Poesía Jaime Sabines 2004 y *reunida materia*, mención del jurado VI Premio Latinoamericano de Poesía Ciudad de Medellín 2007. Escribe para la revista *Dulce X Negra* (publicación semestral de fotografía, ensayo y poesía) desde 2009 hasta la fecha. También realiza textos de catálogo y de sala para muestras de artes visuales El textil, como continuidad del dibujo y la escritura, gravita en su obra, en un arco que va del plano a la instalación. También como núcleo para talleres de experimentación, entendiendo la enseñanza parte de su práctica. Recibió el Primer Premio Adquisición 28° Bienal de Arte Textil, 2022-2023, Museo Eduardo Sívori; el Segundo Premio 100 ° Salón Nacional Artes Visuales, Textil (2011) y Mención 96° Salón Nacional Artes Visuales, Textil, (2007). Realiza muestras individuales y colectivas en el país y el exterior. Realiza proyectos autogestionados de exposición y curaduría. Actualmente indaga las relaciones entre textil, poesía y otras materialidades y en la instalación y la performance como espacios para articular nuevos campos de sentido.

